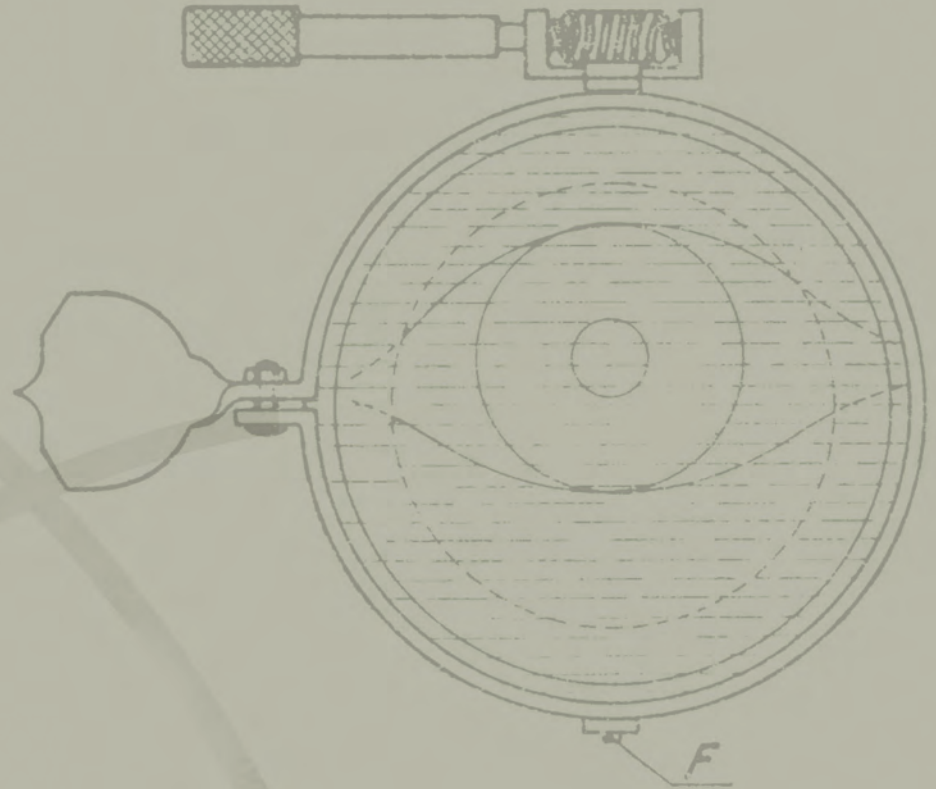


# CONGRESO DE PARÍS



## LA CIUDAD DE LA LUZ REICBE AL VIGOSCOPIO

El viaje al Congreso Internacional de Oftalmología que se celebraba en París en el año 1965 estaba patrocinado por la Société Française d'Ophtalmologie.

La presentación del Vigoscopio está publicada en *Buletins et Mémoires* 78 de la Société Française d'Ophtalmologie, con el título de “État actuel du synoptophore à télévision”. Además, está evaluada en su publicación por los doctores A. Arruga, Ch. Thoms y R. González-Sierra. Aquí, además, el doctor Beiras ya anunciaba que estaba trabajando en un nuevo aparato para conseguir una estimulación eléctrica de los músculos oculares deficitarios, aumentando su tono y contractilidad (en el capítulo siguiente llamaremos a esto *mixomatosis*).

Pero antes del viaje a París fue presentado en Santiago de Compostela, en la Facultad de Medicina, al Ministro de Marina, Pedro Nieto Antúnez, al rector y al claustro. Les explicaron su funcionamiento los doctores Pérez Llorca, catedrático de la Universidad de Madrid, y Sánchez Salorio, de Santiago de Compostela.

El catedrático de la Universidad de Santiago de Compostela doctor Manuel Sánchez Salorio, después de los 43 años transcurridos, se refiere a esta presentación con el siguiente artículo.

En la foto se puede ver a los doctores Pérez Llorca, de la Universidad de Madrid, y Sánchez Salorio, de la de Santiago de Compostela, mostrando al Ministro de Marina, Pedro Nieto Antúnez, al rector, Ángel Jorge Echeverri, y al claustro de la universidad compostelana el funcionamiento del segundo prototipo de sinóptóforo de televisión, el 31 de marzo de 1965. Este mismo prototipo será presentado en el mes de junio del mismo año en el Hôtel Dieu de París



LO QUE PUDO SER Y NO FUE  
(MANUEL SÁNCHEZ SALORIO)

Esa escena, lector, que tienes ahí delante de tus ojos quizás exprese mejor que ninguna otra el carácter un tanto disparatado de algunos de los sucesos que componen la historia del Vigoscopio.

De vez en cuando sonaba el teléfono: Antón Beiras llamaba preocupado por diversos atrancos que amenazaban la financiación del proyecto. Yo bajaba desde

Santiago hasta Vigo para discutir sobre plazos y pesetas con el alcalde Portanet, presidente de la Caja de Ahorros Municipal de Vigo. Por razones que desconozco, Beiras solía preferir no estar presente en esas entrevistas. La reunión siempre consistía en lo mismo: como contrapartida de su aportación económica el alcalde pedía garantías sobre la repercusión que aquel invento iba a tener para la ciudad de Vigo. Muy astutamente Antón ya había bautizado a su criatura como Vigoscopio, y yo, que tenía algunas dudas sobre la viabilidad del proyecto, no era capaz de encontrar muchos argumentos más. Recuerdo que al final Portanet siempre me decía: “Doctor, usted viene aquí a nadar y a guardar la ropa”. Recuerdo también que aunque yo no entendía muy bien lo que me quería decir, siempre le daba la razón. No en vano era el administrador del dinero.

Pero lo cierto es que, a medida que pasaba el tiempo, la negociación se iba haciendo cada vez más difícil.

Y entonces ocurrió algo imprevisto: la Universidad de Santiago de Compostela decidió nombrar doctor Honoris Causa a Francisco Franco Bahamonde.

Nada más conocer la noticia llamé a Beiras y le dije: ahí puede estar la solución. Tenemos que llevar a Franco el Vigoscopio.

Desconozco, aunque puedo imaginármelo, lo que pensó y sintió Antón Beiras ante esa propuesta. Lo que sí sé es que hizo de tripas corazón y apostó por lo que nos parecía que más podría ayudar a la promoción del invento. Yo le pedí a don Ángel Jorge Etcheverry, rector de la Universidad de Santiago, que nos permitiese instalar el Vigoscopio en la Facultad de

Ciencias y en lugar muy próximo al Aula Magna en la que se iba a celebrar la ceremonia de investidura. Intercedí ante Pedro Nieto Antúnez, persona muy influyente en la época en el entorno de El Pardo, para que al finalizar el acto llevase a la comitiva a conocer el Vigoscopio. Pedí a José Pérez Llorca, catedrático de Oftalmología de la Complutense y general de Sanidad de la Armada, que nos hiciese el favor de acudir al acto.

El resultado es el que aparece en la fotografía. Ahí estoy yo inmediatamente después del acto de investidura y todavía con el traje académico enseñando el Vigoscopio a un rector, un almirante, un general de la Armada, presidentes de Diputación, gobernadores civiles y autoridades de la Caja de Ahorros Municipal de Vigo.

Pero como pueden ustedes observar en la fotografía no están ni Franco... ni Beiras. Al Caudillo, tal como era de esperar, se lo llevaron directamente al Rolls-Royce. Beiras, de cuya ausencia en la escena sólo me doy cuenta ahora, se esfumó astutamente, probablemente para evitar algún mal recuerdo o algún malentendido.

Al revisar ahora esa escena y todo lo que la rodeaba pienso que en el fondo fue una buena cosa no haber conseguido el objetivo de llevar a Franco a ver el vigoscopio. Perdimos claramente impacto político y mediático pero nos salvamos de algo que pudo haber ocurrido.

Porque lo cierto es que a pesar del esfuerzo y del buen hacer de los operarios de la ETEA, las conexiones eléctricas del aparato dejaban mucho que desear.

Cuando uno se sentaba en el Vigoscopio, cuando agarraba los mandos y muy especialmente cuando co-

locaba el mentón en la mentonera, se recibían muchas veces unas descargas eléctricas y unos calambrazos que produjeron más de un susto importante. No quiero ni pensar lo que hubiese sucedido si hubiésemos conseguido —ése era el impacto que buscábamos— que Franco se sentase a mirar lo que se veía por los tubos del Vigoscopio y en ese momento hubiese recibido una de esas terribles descargas.

¡Lo único que le faltaba a Antón Beiras era poder ser acusado de haber querido electrocutar al Caudillo!

Pero no me negarán que si el hecho se hubiese producido, en la historia de los magnicidios el Vigoscopio quedaría consignado para siempre como la estrategia y el procedimiento más ingenioso jamás inventado. Como algo que se adelantó en más de cincuenta años a los más sofisticados relatos de la actual ciencia ficción.

Puede que alguien considere este relato como políticamente incorrecto. Entre otras cosas porque la Universidad de Santiago acaba de anular ese nombramiento de doctor Honoris Causa que aquí varias veces se cita. Pero ¡qué le vamos a hacer! así fueron las cosas que ocurrieron... y las que pudieron haber ocurrido.

Después de la presentación de Santiago se comenzó con la preparación del viaje a París, embalando el equipo en tres cajas de madera voluminosas y pesadas, ya que los televisores de proyección eran pesados y teníamos que llevar los repuestos necesarios, así como las herramientas que nos permitiesen atender cualquier incidencia que pudiera ocurrir en la presentación.

El viaje lo realizamos desde Vigo en tren hasta Hendaya. Allí cogimos el tren francés y viajamos durante toda la noche hasta la estación de Austerlitz, ubicada en la orilla izquierda del Sena, al sudeste de la ciudad de París.

Este viaje lo hacíamos Beiras y Antía, Francisco Martínez, Jesús Baltar y yo.

El paso fronterizo en aquellos tiempos resultaba muy difícil. Se necesitaba visado y abrir todas las maletas y justificar su contenido. El tren desde Vigo había llegado con retraso y prácticamente coincidía con la salida del tren francés, por lo que Beiras se anticipó antes de la retirada de todo el equipaje, para no perder el enlace y tener que quedarnos otro día más, y solucionó todo rápidamente. Los bultos fueron trasladados de un tren a otro sin pasar por la aduana.

Por fin, después de un momento complicado, nos encontramos ya en marcha y con todo resultado, aunque a la vuelta pagaríamos esta rapidez.

El tren llegó a la estación de Austerlitz puntual a la mañana siguiente y en aquellos tiempos al salir de las estaciones de ferrocarril, tanto en España como en Francia, había que entregar los billetes del viaje. El primero en pasar fui yo y entregué el billete que me solicitaba el funcionario de la puerta, y a continuación don Paco hizo la misma operación. Pero don Jesús, más precavido, leyó el billete y comprobó que en el mismo estaba incluido el de vuelta a España. Retrocedimos y, cuando estábamos en plena negociación con el funcionario para que nos devolviese los billetes, llegaron Beiras y Antía y conseguimos que nos dejaran bucear en el cajón donde estaban depositados hasta encontrar los dos billetes que nos garantizaban la vuelta a España. Todos juntos nos repartimos en dos taxis y nos desplazamos a Notre-Dame.

No era un destino turístico, sino que en esta plaza se encontraba un edificio que debió pertenecer a la Facultad de Medicina, Hôtel Dieu, y en el aula donde había dado clases Louis Pasteur, se instaló el Vigoscopio.

Estaba en este momento el Vigoscopio en el centro del universo de la investigación médica, al lado de la catedral de Nuestra Señora de París, en un aula histórica. Los primeros días solamente nos visitaban los que seguían las publicaciones científicas del doctor Beiras. Pero la visita más impactante fue la del doctor Starkiewicz. Se colocó ante el Vigoscopio y utilizó el tacto para indicar algún punto de la imagen. Se emocionó y se abrazó a Beiras. Yo lo observaba atónito y oí como en francés le

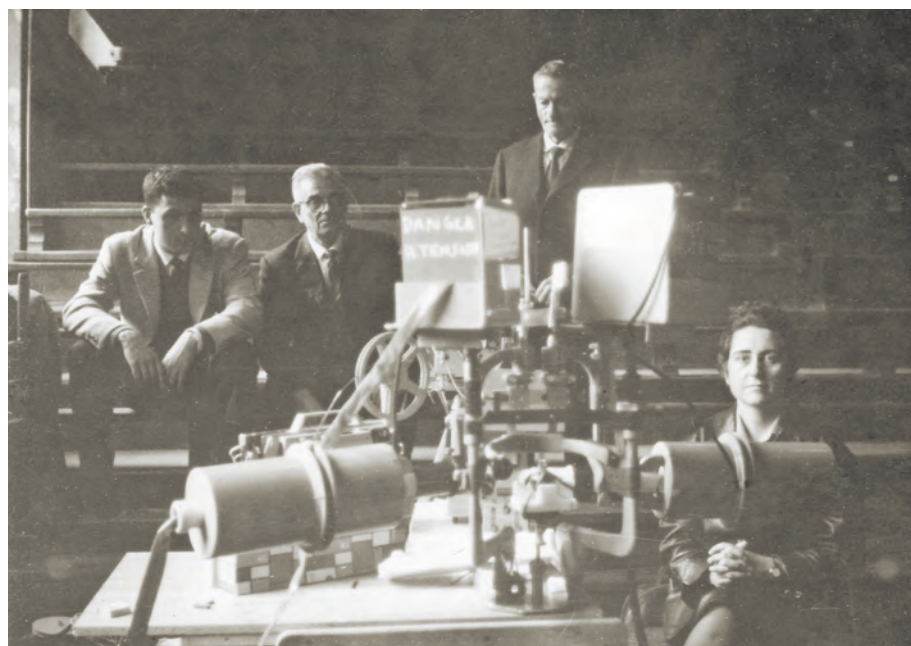
decía que había conseguido ver el experimento que demostraba en la práctica la exactitud de su teoría, que el tacto es vital para la visión tridimensional. En ese momento pensé que Starkiewicz había conseguido lo que Einstein no pudo ver: ¡la comprobación de su teoría!

Muchos otros expertos se interesaron por el Vigoscopio; recuerdo el interés de los expertos de la Fuerza Aérea Británica.

El doctor Thomas, que había cursado la invitación a Beiras para la presentación del Vigoscopio, hizo la presentación de la ponencia de Beiras en un emotivo discurso, haciendo un canto al esfuerzo y pronosticando un gran éxito del equipo para el tratamiento del estrabismo.



Catedral de Notre-Dame, París



De izquierda derecha,  
Alejandro Otero, Jesús  
Baltar, Francisco Martínez  
y Antía Cal en el aula  
Louis Pasteur

El éxito en París fue tan importante que el doctor Castroviejo invitó a Beiras a la presentación en Nueva York, y quedaron en pactar la fecha, aunque los ingleses deseaban que acudiera antes a Londres.

Todo eran felicitaciones y consultas de cómo iba a evolucionar el Vigoscopio. Había gran interés por el equipo que presentaba una nueva forma de darle solución al estrabismo, con una terapia que partía de la utilización del tacto y que conseguía reducir el tiempo de tratamiento. Pero lo más importante es que abría una nueva línea de investigación al poder estar viendo las imágenes en el fondo del ojo en tiempo real.

Los comentarios se hacían en todos los idiomas, y los corros que se formaban después de utilizar el Vigoscopio demostraban el interés del invento.

Acompañados por Antía, visitamos el Museo de la Ciencia. Fue una visita muy interesante ya que en Europa en aquellos días se estaba decidiendo el sistema que se emplearía en la televisión en color. Había una sala en el museo donde se hacían las demostraciones del sistema Secam, que era francés, que estaba compitiendo con el Pal, alemán y el NTCS, americano, por el que los ingleses ya se habían decidido.

Nada más ver la televisión en color Beiras comenzó a decirme que a Nueva York tendríamos que llevarlo en color para que el tratamiento resultase más atractivo para el niño y la rehabilitación más rápida. Como siempre, abordó al que hacía la demostración preguntando dónde podríamos tener información para conseguir un prototipo y con quién se podía hablar... Su ímpetu era imparable.

Ese domingo, paseando por los Campos Elíseos, llegamos a la plaza de la Estrella y en una de las calles convergentes se veían muchísimos emigrantes españoles, que se encontraban



allí charlando sobre sus cosas. Me impresionó el número de españoles que había en aquella calle, miles de personas hablando, buscando empleo a través de sus conocidos. Era el momento en que se había cambiado la emigración de América a Europa y la Europa central recibía a miles de compatriotas para conseguir una vida mejor que la que tenían en España en aquellos años.

Cuando regresamos de París, en Hendaya nos encontramos con las consecuencias de no haber pasado por la aduana a la ida. Oficialmente, el Vigoscopio nunca había salido de España, ya que no lo habíamos pasado por la aduana, por lo que no nos permitían entrar con él. Las gestiones de Beiras para convencer al vista de aduanas y a su jefe fueron inútiles. Salimos de Hendaya y el Vigoscopio se quedó allí.

Un mes después y tras cantidad de gestiones, se consiguió desbloquear los bultos en la aduana y por fin el Vigoscopio volvió a Vigo.

*Faro de Vigo* se hizo eco del éxito en París del invento de Beiras y el nuevo alcalde de la ciudad, Rafael Portanet, y el nuevo director de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad Municipal de Vigo, Julio Fernández Gayoso, quisieron conocer el proceso de investigación y se preparó una demostración en el Colegio Hogar de San Roque.

1 Jesús Baltar, Francisco Martínez, Alejandro Otero y Antía Cal a la salida del congreso. La foto la realizó Antón Beiras

2 Francisco Martínez, Alejandro Otero, Antía Cal y Jesús Baltar en la Torre Eiffel

